

Formación de Prosumidores de Multimedia Educativa como Respuesta a la Imposibilidad del Sentido Holístico en el Presente en la Cultura Occidental

Miguel F. Crespo*

Fecha de recibido: 15/07/2015

Fecha de aprobación: 04/09/2015

Resumen

Este artículo tiene como propósito realizar una propuesta: hacer de los alumnos de todos los niveles educativos unos prosumidores, es decir, personas que no se limiten a consumir medios sino que produzcan su propio material didáctico, en particular, de multimedia educativa. Se trata de una alternativa a la problemática del empobrecimiento del sentido que estudia la Sistemología Interpretativa y que se manifiesta – entre otras maneras – por la fragmentación de la experiencia de vida, así como la reducción a mero dispositivo listo para su utilización de todo lo existente, lo que conduce a su descuido. La propuesta parte de la convicción de que la participación en la producción del material educativo abre la posibilidad de que los estudiantes se vinculen con este de manera más rica y ello coadyuve a revelar la pobreza de sentido con la que se le presenta a buena parte de su entorno cotidiano.

Palabras clave: *Educación, TIC, Sentido holístico, Occidente.*

Abstract

This paper's aims is to make a proposal: to make students of all educational levels a multimedia educational prosumers, ie, people who do not simply consume media but produce their own teaching materials. It is an alternative to the problem of impoverishment of sense studying by Interpretive Systemology and manifested - among other ways - by the fragmentation of life and reduction to ready for use instruments of all the existence. The proposal is based on the conviction that participation in the production of educational materials opens the possibility that students linked to things in a richer way and contributes to reveal the poverty of sense of them everyday environment.

Keywords: *Education, ITC, Holistic sense, Western culture.*

* Grupo Interdisciplinario de Investigaciones Sistemico Interpretativas S.C. Lerdo, Durango, México. E-mail: migcrespo@hotmail.com

† Se concede autorización para copiar gratuitamente parte o todo el material publicado en la *Revista Colombiana de Computación* siempre y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales, y que se especifique que la copia se realiza con el consentimiento de la *Revista Colombiana de Computación*.

1. Introducción: el Problema de Occidente

La Sistemología Interpretativa es una disciplina sistémica cuyos esfuerzos inquisitivos y de diseño son lanzados con el propósito de encarar un problema: la imposibilidad para el sentido holístico en la cultura occidental del presente¹. Los “síntomas” de la “enfermedad” de Occidente son, entre otros, una experiencia fragmentaria de la vida que la hace aparecer como en estancos (escuela, trabajo, religión, esparcimiento, etcétera) cuyos vínculos entre sí son difíciles – cuando no imposibles – de distinguir; además, se diluye lo que coliga a los individuos unos con otros, haciéndolos sentir aislados pese a que vivan en grandes ciudades altamente pobladas; finalmente, se experimenta también un extrañamiento del escenario en el que ocurre la existencia, trayendo consigo la convicción de que el acontecer es independiente a lo que los individuos hacen o dejan de hacer (conflictos, crisis, desastres, etcétera).

Cada individuo, a su vez, responde a la fragmentación del ocurrir mediante comportamientos reduccionistas en los que, de forma constante, son privilegiadas sus propias necesidades cambiantes de cada momento. En ellos, una racionalidad instrumental se hipertrofia², limitando las decisiones sobre su actuar a la búsqueda de medios que les permita satisfacer esas exigencias de su apetecer, sin considerar las consecuencias – negativas o positivas – que se sigan de sus actos. Ello convierte la vida en una constante lucha, cada vez más desenfrenada, por conseguir los satisfactores a costa de lo que sea, incluso de la vida misma, al dejar de aparecer esta como un bien trascendente. Para la Sistemología Interpretativa, tanto la experiencia fragmentada del mundo como la acción reduccionista de los individuos en este, son consecuencia de la imposibilidad para el sentido holístico que domina Occidente en la actualidad y que es la resultante de un proceso de deterioro del sentido a lo largo de la historia de esa cultura.

Parte del trabajo de la Sistemología Interpretativa ha sido destinado a tratar de recuperar las experiencias de mundo del hombre occidental en

1 Para una versión más detallada de la problemática del Sentido Holístico en la cultura occidental, se recomienda la lectura de Fuenmayor (1994).

2 La escena para la Sistemología Interpretativa (*The Scene for Interpretive Systemology*, 1991) Fuenmayor y López-Garay exponen con puntualidad el marco conceptual kantiano-habermasiano que comprende la razón humana como dividida en tres: la razón teórica, responsable de responder preguntas sobre el orden del mundo; la razón práctica, que intenta preguntarse los fines para la acción humana en ese mundo y, finalmente; la razón instrumental cuyo propósito es la discusión de medios para alcanzar aquellos fines iluminados por la razón práctica. Allí, los autores demuestran lo carente de sentido que resulta una discusión de medios que se hace sin sopesar fines y viceversa.

las distintas épocas de esa cultura a través de la construcción de una historia-ontológica³ que permita responder a la pregunta: “¿Cómo hemos llegado a ser eso que somos?”. Dicha tarea ha permitido demostrar un gradual empobrecimiento del sentido en las diferentes épocas de Occidente, cada una de las cuales ha significado una sensación de la existencia profundamente distinta a la de las otras, y que se corresponde con la manera en que las presencias se han manifestado a los miembros de esa cultura. Así, por ejemplo, para el hombre del medioevo occidental lo que ocurría lo hacía como creación, ya sea de Dios, en cuyo caso era recibido como don divino; o bien del Diablo, significando entonces “trampas” u “obstáculos” que pretendían impedir que los individuos alcanzaran su *telos*: la Salvación eterna. La acción humana, en tal escenario de vida, se convertía en una especie de desafío en el que los hombres tenían que identificar cuáles de las creaciones en verdad provenían de Dios para procurarlas y así caer en estado de Gracia, única vía para ser salvados.

La experiencia de vida medieval contrasta significativamente con aquella que tuvieron los hombres de la Ilustración europea de los siglos XVIII y XIX. Para ellos, las presencias no eran creaciones sino “objetos de representación racional” de los que cada individuo era un “sujeto cognoscente”. Tal modo de revelarse del mundo conducía a una forma de existencia, según la cual, el papel de los seres humanos en la tierra no era buscar la salvación divina sino alcanzar el orden racional de las cosas más depurado posible. Es entonces cuando las ciencias modernas cobran un papel de gran relevancia al convertirse en el camino que permite aprehender ese orden racional deseable, que los hombres debían construir, siguiendo los dictados de la razón.

Las maneras de revelarse lo existente, y sus correspondientes experiencias de vida que hemos descrito apresuradamente, contrastan de forma significativa con las nuestras. Para nosotros el mundo ni es una creación divina ni un objeto de representación racional. En contraste, lo existente cada vez más nos luce como un dispositivo listo para ser empleado. La Tierra – y el resto de los planetas – nos aparecen como grandes almacenes de recursos que están allí, disponibles para nuestro uso. Así las cosas, nuestra manera de comportarnos es con mayor frecuencia la de aquellos que han sido dispuestos para disponer de dispositivos; incluso de los demás, que a los ojos de cada quien, van apareciendo con mayor insistencia como recursos que están a nuestra disposición. Inspirada en el trabajo de Heidegger (1977) la Sistemología

³ Una historia-ontológica es un relato sobre las transformaciones que el Ser (ontos) ha tenido en Occidente y cómo dichos cambios han trastocado profundamente la experiencia de los miembros de esa cultura en el mundo. Ejemplos de dichas narrativas pueden ser encontrados en Suárez (2005) y Villarreal (2007).

Interpretativa ha denominado al modo de revelado actual como “tecnológico”. ¿Por qué?

Los dispositivos tecnológicos son las presencias que más fácilmente caracterizan la experiencia del mundo del presente occidental. Su función es claramente la de simplificar la disposición, hacerla más sencilla, más cómoda para quienes disponiendo reafirman su ser. “Basta con hacer clic”, es el lema de nuestra época, porque retrata la condición ideal para toda ocasión: la de la instantaneidad. Queremos que todo ocurra de manera inmediata y bajo la forma en que nos apetece. Paulatinamente nos vamos haciendo más impacientes, más intolerantes con aquello que no ocurre al “hacer clic”. Vivimos bajo el *ethos* de la exigencia emplazante que demanda y obliga – al menos esa es nuestra ilusión – a que todo ocurra a nuestro antojo. Al tiempo, la sociedad se va convirtiendo, cada vez más, en una cuyos miembros son egoístas, caprichosos, berrinchudos y hasta violentos. Fenómenos como el de la “adultecencia” o el “síndrome de Peter Pan”, pueden ser explicados a la luz de este diagnóstico epocal sistémico-interpretativo.

La propuesta de formar prosumidores que se realizará a continuación es un intento de respuesta a la problemática brevemente descrita, que tiene que ver con la imposibilidad para el sentido holístico. Para que la propuesta cobre fuerza, lo que se hará primero es profundizar un poco más en la comprensión de dicho problema y conocer la forma en que la Sistemología Interpretativa ha tratado de encararlo. Además, es necesario ubicar cuál es papel que la tecnología juega y puede jugar en relación con la problemática para, entonces sí, exponer la propuesta que es motivo central de este artículo.

2. La Imposibilidad para el Sentido Holístico

¿Cuál es la diferencia entre una comprensión fragmentaria del ocurrir y el sentido holístico? Ante la expresión “ $3X^2 + 4X = 12$ ” la mayoría de los lectores distinguirá una ecuación, y de hecho, una de segundo grado. No obstante, si exponemos a un niño que se encuentra en sus primeros años de formación escolar a esa *misma* fórmula matemática, lo que observará no puede ser comprendido así, de manera unitaria. En contraste – y dependiendo su nivel de desarrollo – lo que apreciará será una colección inconexa de números y signos extrañamente reunidos. ¿De qué carecen los pequeños que, en cambio, sí tenemos quienes podemos distinguir allí una ecuación de segundo grado?

Toda comprensión unitaria requiere de un *background* o, siguiendo a la Sistemología Interpretativa, de un *sido-siendo* (Fuenmayor, 1991). Se trata de una especie de sedimento que toda experiencia de vida, individual y colectiva, va dejando y que en cada situación se configura

para que algo, lo que sea el caso, pueda ser distinguido. De manera similar a lo que pasa con las figuras-fondo que emplea la *Gestalt*, el *sid*-siendo se retira, se oculta sirviendo de trasfondo del ocurrir. ¿Qué sucede cuando no es posible hacer una distinción? Que el *sid*-*siendo* no ha acumulado el suficiente sedimento como para mostrar algo en su totalidad. Así, quien en la expresión “ $3X^2 + 4X = 12$ ” no puede apreciar sino elementos inconexos, es porque no ha tenido las suficientes experiencias de vida como para comprender globalmente la referida fórmula matemática. Tal vez pueda distinguir algunos números o signos. Sin embargo, no sabrá el motivo por el que están, allí y así, reunidos.

De lo anterior se sigue que toda distinción, ya sea fragmentaria u holística, es histórica y lo es por una doble vía: la individual, que implica el recorrido de vida y experiencias de cada quien – lo que hace que la comprensión de cada persona sea distinta a las de los demás; y la colectiva, que involucra al total de la historia de una cultura a través de la cual se van consolidando términos, conceptos y relaciones entre los mismos, que son transmitidos mediante la educación a los más jóvenes – lo que ocasiona que, aunque diferentes, las comprensiones individuales sean más o menos similares a las de los demás miembros de la cultura.

Así, cuando en lo colectivo una comprensión logra capturar una diversidad, brindándole un sentido unitario que trasciende a los elementos (como ocurre en el caso de una “ecuación”, que sin importar si cambian las cantidades expresadas, sigue siendo *una* ecuación) aquellos miembros más jóvenes que aún no alcanzan por sí mismos a aprehender tal unidad, deberán *apropiarse* de aquello que para los demás ya tiene una definición. Y en el caso en donde culturalmente no haya aún una respuesta ante la presencia de una diversidad inconexa, será tarea de todos realizar un esfuerzo para comprender e incorporar la resultante a su acervo.

Pero, ¿qué pasa en una cultura en la que se ha perdido el afán por comprender holísticamente el ocurrir como, sostiene la Sistemología Interpretativa, está ocurriendo en Occidente en la actualidad? En una cultura así – si es que todavía puede llamársele de tal forma – sus miembros más jóvenes aprenden a vivir una existencia fragmentada en la que nada de lo que ocurre se vincula con ellos ni con lo demás. ¿Hay algo de malo en que eso sea así?

Todo aquel que ante la expresión “ $3X^2 + 4X = 12$ ” es capaz de apreciar una “ecuación de segundo grado”, tiene también ante sí, la posibilidad de actuar con mayor riqueza de sentido. Actuar con riqueza de sentido no significa aquí resolver de manera correcta la incógnita que plantea la fórmula. También aquellos que al distinguir una ecuación aceptan su falta de destreza para resolver tal problema y, por lo tanto, desisten de

hacerlo, actúan con un cierto sentido enriquecido. Pero tal reconocimiento no vendrá de parte de quienes solo ven elementos inconexos. Por ejemplo, habrá quien en “ $3X^2$ ” distinga una multiplicación y, por tanto, proceda a buscar el resultado de “tres por dos”. Por supuesto que su acción tendrá *algún* sentido, pero este será pobre en comparación con aquel derivado de una comprensión más holística. Su “solución”, además, se incorporará a la diversidad inconexa allí presente, haciéndola más compleja y dificultando, por tanto, el camino para resolver la incógnita original, la cual, en la medida en que se vayan acumulando respuestas fragmentarias, se irá ocultando, quedando en el olvido.

Pensemos ahora a nivel macro. ¿Qué pasa cuando el ocurrir se manifiesta sistemáticamente de manera fragmentaria? ¿Cómo encarar los grandes problemas económicos, políticos y sociales, o aún de la existencia misma, si solo se distinguen elementos que los conforman y la comprensión de los mismos es inconexa? Si la hipótesis que orienta el camino de la Sistemología Interpretativa es acertada y el sentido holístico del ocurrir se hace imposible, los miembros de la cultura occidental – y de aquellas, como la nuestra, que se han occidentalizado – intentamos resolver los problemas sin que los comprendamos globalmente, lo que se traduce en acciones pobres de sentido que terminan profundizando la fragmentación y haciendo cada vez más confusa la trama de la vida individual y colectiva. ¿Qué hacer?

3. El Proyecto Educativo de la Sistemología Interpretativa

Si la manera en que experimentamos el mundo es fragmentaria, debe haber, por los argumentos que ya se dieron párrafos atrás, una historia de la que se derive tal condición. Y dado que tal experiencia es colectiva, esa historia debe ser la de esa cultura a la que pertenecemos o se ha intentado enfáticamente que pertenezcamos: la occidental. ¿Cómo llegó esa cultura a ser una en la que el sentido holístico se hizo imposible? Como ya se dijo también, una tarea propia del proyecto educativo de Sistemología Interpretativa ha sido construir una historia que dé respuesta a ese cuestionamiento⁴. Los primeros trabajos han presentado evidencia de que Occidente ha sido una cultura signada por la negación del sentido holístico. Tal condición se debe a la forma en la que comprendió desde su origen la relación entre la física y la metafísica, no como una unidad recursiva esencial sino como una vinculación de dependencia exclusiva

⁴ El Centro de Investigaciones en Sistemología Interpretativa de la Universidad de los Andes de Mérida, Venezuela, ha producido algunas versiones iniciales de la historia sobre la imposibilidad del Sentido Holístico en la cultura occidental. Se destacan las versiones de Suárez (2005) y Villarreal (2007).

de lo sensible hacia lo no sensible. Pero además, la cultura occidental ha venido sufriendo un proceso de empobrecimiento del sentido colocándonos, en el presente, en el momento de mayor fragmentación.

Por otra parte, de manera simultánea a la construcción de una comprensión histórica del presente, se han realizado intentos por construir una educación para la época, tanto elaborando materiales didácticos⁵ como con la escuela experimental *Paideia*⁶. La constante de dichos esfuerzos es su intención de disminuir la fragmentación, en el entendido de que tal anhelo, en las condiciones en las que se encuentra la cultura occidental, solo puede lograrse de manera parcial. Incluso, porque quienes participan activamente en el proyecto de educación de la Sistemología Interpretativa son miembros de esa cultura en problemas, y por tanto, comparten la imposibilidad para el sentido holístico.

Desde su lanzamiento, el proyecto educativo de Sistemología Interpretativa ha entendido que las formas narrativas constituyen un camino para la comprensión de la diversidad; es decir que la trama que teje una historia permite englobar sucesos, personajes y circunstancias que fuera del hilo narrativo lucirían como inconexos. Esto último, además, es congruente con la condición histórica del acontecer. De ahí que toda contribución al referido proyecto tiene que considerar formas que evidencien un devenir.

Hagamos ahora una pausa en el camino y concentremos nuestra mirada en la tecnología. ¿Qué papel juega en el proceso de deterioro de la cultura occidental?

4. Tecnología y Sentido Holístico

Un rasgo sobresaliente de los dispositivos es su carácter potenciador. Un ser humano, por ejemplo, es capaz de golpear con su puño. La fuerza de su impacto no se compara con la que alcanzaría si el golpe lo asesta con un martillo. Un individuo que intenta colocar un clavo en un muro de su casa, del que luego colgará un retrato, batallará enormemente si intenta hacerlo con su mano. En contraste, la tarea será mucho más simple si utiliza un martillo. De manera similar, el daño que alguien puede hacer golpeando el rostro de otro con su puño no se compara con el que le haría si emplease el martillo, es a eso a lo que nos referimos cuando afirmamos

⁵ Los fundamentos, tanto del proyecto educativo de Sistemología Interpretativa como para el diseño de materiales educativos están publicados en “Educación y la reconstitución de un lenguaje madre” (Fuenmayor, 2001).

⁶ Para conocer cómo ocurre la educación en *Paideia*, se recomienda la lectura de “*Paideia: Educando para el sentido de la vida*” (Villarreal y Suárez, 2013). Existe también un documental disponible en YouTube en la siguiente dirección: https://www.youtube.com/watch?v=_QWTdnz6LNg.

que la tecnología potencia. Ahora bien, esa característica de los dispositivos ha facilitado que se propague una mala interpretación en torno a la tecnología como algo moralmente *neutral*: “la tecnología no es buena ni mala; su condición ética depende del uso que se le dé”.

No obstante, el rasgo potenciador de los dispositivos debería conducirnos, por lo menos, a mesurar un poco nuestra creencia sobre la neutralidad tecnológica. La razón de ello es que, hasta ahora, no podemos siquiera concebir un empleo “bueno” que se asemeje al daño ocasionado por un uso “malo” que además sea masivo e inmediato (por ejemplo, el causado por las bombas de Hiroshima y Nagasaki). En tanto no se demuestre lo contrario, pareciera que la capacidad potenciadora para el mal de la tecnología es mayor que su capacidad para potenciar lo bueno. Esto no niega las múltiples formas en las que algunos dispositivos logran mejorar la calidad de vida de las personas. Pero advierte sobre los peligros implícitos en su uso, lo que no puede lograrse desde una visión reduccionista que no ponga ante sí una profunda discusión en torno a los fines trascendentes de tal o cual acción.

Una barbarie como la de descargar una bomba atómica sobre la población no puede sino provenir de una experiencia fragmentaria de la realidad en la que los otros y lo otro, no importan, de ahí que su destrucción sea irrelevante. El problema es que esa experiencia de vida, como lo demás, se ve potenciada por el uso de dispositivos. ¿De qué manera? En la de la inmediatez. En la medida en que los dispositivos tecnológicos nos ofrecen resultados automáticos y que no se discuten los fines últimos, vamos perdiendo comprensión histórica del ocurrir. La historia de cómo es que una habitación se encuentra iluminada de noche, por ejemplo, se reduce a la activación de un interruptor. Todo cuanto hay detrás de la presencia de luz eléctrica en un cuarto se olvida; de hecho no existe para quien vive bajo la certeza de ser “el que la enciende”. De manera similar sucede con cualquier dispositivo. Su historia nunca va más lejos de su activación. Y de acuerdo con el diagnóstico sistémico-interpretativo que ya esbozamos previamente, todo cuanto es en el presente occidental, incluidos los seres humanos, aparece en la época actual como un dispositivo listo para utilizarse, algo que simplemente se activa, al antojo de quien lo dispone. ¿Debemos, por tanto, renunciar al empleo de dispositivos tecnológicos? La respuesta es contundente: No, no solo no debemos renunciar a su uso sino que, incluso, debemos fomentarlo. ¿De qué manera?

5. El Prosumidor

La palabra prosumidor es un acrónimo que fusiona los términos “productor” y “consumidor”. Su significado es precisamente ese, el de las personas que no se limitan a consumir lo que otros producen sino que

producen, aunque sea de forma parcial, aquello que consumen y que también puede ser consumido por otros. Ya en 1972 Marshall McLuhan y Barrington Nevitt pensaron en la posibilidad de que con la tecnología el consumidor podría llegar a ser un productor al mismo tiempo. Pero el término se generalizó, de manera reciente, con la invasión de las llamadas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC).

Son diversos los autores en el mundo que, desde la segunda mitad de la década pasada, han propuesto la incorporación del término a la educación. Así, por ejemplo, Bruns (2007) da cuenta del surgimiento de una nueva generación (que él llama la “Generación C”) que parece tener una destreza casi innata en el uso de los dispositivos tecnológicos, lo que los habilita para producir su propio material didáctico, al tiempo que desarrollan cuatro competencias importantes para su vida profesional: creatividad; trabajo colaborativo; capacidades comunicativas; y capacidades críticas, por lo que recomienda la formación de prosumidores en el nivel universitario, cuando ya cuentan con el suficiente bagaje como para realizar buenos contenidos.

Araya, por su parte, resalta la importancia para el desarrollo económico y social implícita en la incorporación del concepto “prosumidor” a la educación, al propiciar la construcción de una inteligencia colectiva, que democratice el conocimiento. En consecuencia, “La innovación del prosumidor debería ser un área central para la exploración de teóricos y practicantes del campo de la política educativa” (Araya, 2011, P.29). Duncum, sin embargo, advierte sobre las dificultades que supone implementar dicha innovación en un sistema escolarizado en el que tradicionalmente el control del conocimiento lo tienen los profesores: “En las escuelas el conocimiento tradicionalmente ha sido considerado el campo de los docentes y la institución que representan en las aulas. El conocimiento que imparten es aprobado por autoridades expertas. En contraste, una cultura participativa opera sobre la base de que el conocimiento se distribuye entre todos los participantes y es auto-regulado” (Duncum, 2011, P.11).

Sánchez y Contreras, advierten sobre el velo que representa el concepto “nativo digital”, que lleva a suponer que aquellos que nacieron en estos tiempos del dominio de las TIC no necesitan ser formados en su papel de prosumidores, debido a que “Se suele confundir la habilidad para manejar un equipo tecnológico con un uso y aprovechamiento adecuado e inteligente.” (Sánchez y Contreras, 2012, P.9). De ahí la importancia de que los sistemas escolares comiencen a incluir entre sus planes y programas asignaturas encaminadas a normar y encausar a los futuros prosumidores para, en verdad, empoderarlos. En ese tenor, García, Ramírez y Rodríguez (2014) esbozan un perfil idóneo del prosumidor de material didáctico que debe procurarse en las escuelas:

El prosumidor debe ser un Selector de contenidos y recursos que sean adecuados a la era de la tecnología y de los nuevos estilos de aprender y un Unificador de criterios de calidad, igualdad, inclusión y de difusión máxima del mensaje. Otra de las cualidades inherentes al prosumidor sería la capacidad de convertirse en un Manipulador de herramientas tecnológicas que sean adecuadas a los nuevos medios de comunicación y las características de los nuevos mensajes y productos mediáticos, así como un Identificador de estereotipos, malas prácticas, abusos y carencia de la veracidad de algunos mensajes que son distribuidos a través de los medios de comunicación y las redes sociales. Un prosumidor completo, debe ser un Promotor de la comunicación y la interacción entre emisores y receptores, el Organizador de los recursos que son requeridos para la producción de contenidos críticos y responsables, favoreciendo la participación democrática y el Productor de nuevos mensajes, asumiendo la responsabilidad de cuidar la calidad tecnológica, artística, ética y moral del producto final” (García et al, 2014. P.2).

Estos y otros estudios no mencionados aquí, marcan la tónica generalizada de cómo se sopesa la posibilidad de formar prosumidores en los sistemas educativos. Pero, ¿puede ser considerada dicha figura como una opción para el Proyecto de Educación de la Sistemología Interpretativa? Hagamos un esfuerzo por ubicar histórico-ontológicamente a los prosumidores, intentando con ello iluminar el camino hacia una posible respuesta a tal cuestionamiento.

6. Un Sentido Histórico-ontológico para la Figura del Prosumidor en el Presente

En la introducción llamábamos la atención en torno a las diversas formas de experiencia de vida que ha habido en la cultura occidental. Allí, hacíamos notar cómo, en el Medioevo, las presencias surgían como manifestaciones de la Divinidad o como engaños del Maligno. Ello marcaba un sentido general para la existencia humana, signado por la necesidad de identificar el origen de cada ocurrencia para definir, a partir del mismo, un lineamiento de acción. Como hemos explicado en otro lado, la responsabilidad última de tal identificación y definición correspondían a la Iglesia Católica a través de su práctica hermenéutica de la Biblia y de otros textos sagrados⁷.

⁷ Para mayor profundidad, se sugiere revisar Cabrera, J. y Crespo, M. (2005)

La educación que para tal fin se dio primero en los conventos y luego en las universidades estaba estrechamente vinculada con la tarea misma; es decir, que la producción de interpretaciones sobre el mundo y la manera de conducirse acaecía de manera simultánea a la formación de hermeneutas. Así, en un cierto sentido, los estudiantes medievales eran “prosumidores”. Pero no solo aquellos que se preparaban para ser parte del clero; en los talleres artesanales, en los campos, en los ejércitos, en fin, en las distintas actividades que realizaban los hombres en esa época, la manera de enseñar no estaba escindida de la producción de los bienes que luego se consumían, algunos en la actividad, otros para el intercambio con los miembros de las demás prácticas.

No fue sino hasta la consolidación de la modernidad, cuando se separó la enseñanza de las actividades productivas concretas. Tal desvinculación no ocurrió por un capricho sino por la nueva experiencia de mundo que implicó dicha época, según la cual, las presencias aparecían como objetos de representación de la razón que obedecían a un entramado de leyes y fuerzas naturales, cuya aprehensión involucraba el dominio de saberes aplicables a cualquier actividad humana, pero, al mismo tiempo, independientes de las mismas. Los conocimientos necesarios para ejercitar el pensamiento que permitan acceder al dominio de la Naturaleza se trasladaron a un espacio común, la escuela, trastocando, sobre todo en los espacios urbanos, la posibilidad de estar ante la producción de lo consumible.

Tal cosa no significa que los estudiantes no fueran en un cierto sentido prosumidores. El ejercicio del raciocinio que llevaba al develamiento de las fuerzas naturales que gobernaban el mundo material exigía la producción (y re-producción) de experimentos, demostraciones y otras actividades que conducían a la generación, por parte de los alumnos, de lo que hoy distinguiríamos como “materiales didácticos”. No obstante, dicha manera de encarar el aprendizaje se fue reduciendo a espacios restringidos a los que la gran mayoría no podía tener acceso. Así, paulatinamente los estudiantes fueron siendo expuestos a métodos memorísticos en los que sólo se replicaban los resultados emanados del ejercicio de producción que hacían los “expertos”.

Por otra parte, quienes no seguían el camino de la academia – que insistimos, era la mayoría – se incorporaban a una actividad productiva en donde, a diferencia del Medioevo, ya no se enseñaban los asuntos fundamentales de la vida. Producir fue cada vez más una “actividad manual”, que encima, con la llegada de la Revolución Industrial dejó incluso de ser total, es decir, que los involucrados en las tareas productivas solo participaban en una parte cada vez más reducida de la línea de ensamblaje; alejándolos de la posibilidad de atestiguar el advenimiento, el producir, el traer aquí adelante, de lo-que-fuera-el-

caso⁸. La mesa para el dominio de la experiencia tecnológica del mundo estaba servida. ¿Puede, entonces, el cultivo de prosumidores ser un aporte al proyecto de educación de la Sistemología Interpretativa?

7. Prosumidores y Comprensión Histórica

Desde nuestra condición de dispendedores de dispositivos en la presente época de la cultura occidental valoramos lo existente en un sentido altamente empobrecido. Cada presencia – incluidos nosotros mismos – se nos manifiesta solo por su potencial de uso y nada más. Ninguna otra consideración que pudiera hacerse en torno a lo que fuera el caso tiene relevancia: ni su origen ni su destino ni incluso aquello que llamamos “valor sentimental”. Ello hace que todo tienda a lucir desechable, sustituible en la medida en que pierde su capacidad de empleo, o bien, en tanto aparece algo que muestra una mejor posibilidad de manipulación.

Como se afirmó páginas atrás, el empobrecimiento de sentido obedece a la imposibilidad para comprender holísticamente (e históricamente) aquello que únicamente se nos muestra como un dispositivo que simplemente está aquí, listo para ser utilizado. En otras palabras, el que consume (y recordemos que la idea de “consumir” implica precisamente usar algo hasta que se acaba), al ubicarse al final de la historia de cada existencia, no puede vivir sino el tiempo de su agotamiento. En contraste, quien produce conoce la historia de cómo llegó a ser eso que será consumido. Es decir que tiene con él mayores elementos para valorar lo que está delante, aunque sea en su condición de dispositivo. Es allí en donde cobra su relevancia la noción de prosumidor para la educación y en particular, para el Proyecto Educativo de la Sistemología Interpretativa.

Los educandos de casi todas las edades y niveles escolares del presente están habituados a simplemente consumir los materiales didácticos que, bajo el pretexto de la experticia, son preparados por otros. Esto los lleva a considerarlos como otros dispositivos entre muchos más que están listos para ser utilizados. En cambio, quienes participan de manera comprometida y cuidadosa de la producción de sus propios materiales, enfrentan la experiencia de atestiguar el devenir de aquello que después consumirán. Se abre entonces la ocasión para que luego intuyan que los otros dispositivos - aquellos de los que no son más que consumidores - tampoco surgieron de la nada sino que tienen una historia que deben conocer para poder valorarlos en una dimensión más justa.

Hay aquí un peligro que es necesario atender de inmediato: que la formación de prosumidores sea comprendida como una ocasión para que

⁸ Heidegger (1977) destaca que la palabra “producir”, tiene su origen, precisamente, en el latín “*pro-ducere*” que significa: “traer aquí delante, hacia la presencia”.

los docentes se desentiendan de su labor, negando el lugar protagonista que deben tener en el enriquecimiento de la experiencia de vida de sus alumnos. Esto ya ha comenzado a suceder. Por todos lados, observamos docentes (y muchos padres de familia) que ven en las TIC una oportunidad para ponerse cómodos y atender, una vez entretenidos los pequeños con los artefactos, sus intereses mezquinos. No obstante, la incorporación de las tecnologías a la educación es un camino de profunda exigencia que se hace mayor en la medida en que el trabajo educativo se realiza con estudiantes más jóvenes. Tratemos de adentrarnos un poco más en este asunto.

8. El Papel del Docente en la Formación de Prosumidores

Lo primero que tiene que quedar claro es que no se trata de que los alumnos produzcan “cualquier material didáctico” sino que debe perseguirse la excelencia en tal tarea. Para decirlo en términos de inspiración macintyreana, se trata de laborar en el aula (ya sea física o virtual) como si se estuviera en una “práctica”, cuyo bien generado de forma mancomunada fueran los materiales didácticos, siendo el afán por producirlos de la mejor manera posible el principal motor del desarrollo de virtudes, tanto del carácter como del intelecto de los educandos (MacIntyre, 1985).

Cabe destacar que una formación como la que estamos proponiendo, tiene como punto focal el proceso de producción y no los productos en sí. Ello no significa un conformismo sino la convicción de que el intento esforzado por la elaboración es el que tiene el máximo poder educativo, el que da ocasión para los aprendizajes más valiosos y profundos. Tales posibilidades para el cultivo de virtudes pueden venir también de tareas vinculadas a la “adaptabilidad”, que implica retomar trabajos previos, hechos incluso por otros alumnos de otras realidades educativas, para acomodarlos a las circunstancias vividas y las necesidades de aprendizaje sentidas.

En ese tenor, la labor de acompañamiento del docente es crucial. Se trata no solo de supervisar que el material didáctico que elaboran sus alumnos cumpla con determinados parámetros de excelencia sino también que los contenidos sean lo más completos posibles, obvio, en conformidad con el nivel de escolaridad en el que se encuentre trabajando. Las aportaciones a la pedagogía de Vigotsky en torno al aprendizaje colaborativo pueden ser un buen marco inicial para llevar a cabo tal tarea, conduciéndonos a tomar decisiones en la búsqueda de desarrollar virtuosismo en los educandos a través de sus intentos por ser cada vez mejores prosumidores. Pero, ¿qué virtudes debe desarrollar y cómo se hace tal cosa?

Un punto de partida provisional pueden ser las competencias propias del perfil del prosumidor propuestas por García, Ramírez y Rodríguez (2014) que ya citamos con anterioridad, en particular aquellas que buscan que los educandos asuman la responsabilidad de cuidar la calidad tecnológica, artística, ética y moral del producto final. Sin embargo, en la medida en que se vaya realizando la tarea, cada docente tendrá que ir definiendo, tanto el mejor estado del bien producido (los materiales didácticos) como las virtudes que son necesarias para realizar la tarea con ese nivel de excelencia, manteniendo siempre en mente los peligros implícitos en el uso de la tecnología. En otras palabras, debe haber un modelo de mejora continua que implique el crecimiento permanente de los educandos enmarcado en el intento de alcanzar un fin trascendente, que en el caso de la Sistemología Interpretativa es la búsqueda por incrementar las posibilidades para el sentido holístico en la cultura occidental.

Muy relevante para el aprendizaje de conocimientos y el cultivo de virtudes es la reflexión permanente y abierta que debe sostenerse en las aulas como parte de la cotidianidad. Es decir que la propuesta de formar prosumidores no implica un simple hacer que no se detiene a observarse de forma autocrítica sino que, por el contrario, está obligado a revisarse de manera permanente poniendo bajo cuestión los fines y los medios que se persiguen, así como la trascendencia de los mismos. Recordemos que lo que se busca es un enriquecimiento del sentido, pero que este no puede ser tal si se pierden de vista las repercusiones trascendentes que tiene su labor y lo que a través de esta se aprende.

El docente debe iniciar diagnosticando el grado actual de desarrollo de las virtudes propias del prosumidor de todos sus alumnos y el potencial que cada uno de sus alumnos tiene para alcanzar mayores niveles. Dicho diagnóstico debe surgir de observarlos desenvolverse, individual y colectivamente, en labores relacionadas con la producción de material didáctico. Lo anterior le dará al maestro una idea de qué necesita poner a hacer a sus alumnos para que vayan perfeccionando cada vez más sus habilidades y comprensiones. Esto implica que el docente, en sí mismo, es un prosumidor y conoce los caminos que posibilitan la elaboración de materiales, además de poseer dominio suficiente sobre los temas que se abordarán en los mismos, en el entendido de que también él se encuentra en un proceso de superación permanente que le permita realizar con excelencia su papel de formador de prosumidores.

En este punto vale la pena resaltar algo que no se ha dicho con claridad: la formación de prosumidores es curricularmente un asunto transversal. De tal manera que su potencial educativo puede servir no solo para tratar de contrarrestar la fragmentación con la que se nos presenta la vida sino incluso también ayuda a la apropiación de los conocimientos escolares de

manera más profunda al disminuir la recepción pasiva de información por parte del educando y, de manera simultánea, maximizar su participación activa en la construcción de los saberes, con todo lo que tal cosa implica.

En ese tenor, debe haber una flexibilización en los métodos de evaluación escolares. Esto, de ninguna manera debe interpretarse como una pérdida del rigor académico. Por el contrario, la exigencia necesita ser permanente para propiciar auténticos crecimientos. No obstante, el docente no puede suponer que los resultados deben ser exactamente los que tiene en mente sino que debe mantener una apertura para aceptar que hay distintas formas de cumplir con los parámetros de excelencia en la elaboración de materiales didácticos.

9. Prosumidores de Multimedia Educativa

Si bien los alumnos pueden y deben participar – en mayor o menor medida – de la elaboración de todo tipo de materiales didácticos, son aquellos que involucran el uso de multimedia los que pudieran resultar más atractivos formativamente hablando por la diversidad de tareas de preproducción, producción y posproducción que implican.

Cada vez hay más herramientas, muchas de uso gratuito o con costos muy económicos, que permiten hacer tareas sorprendentes en el aula y fuera de esta. Y la tendencia es a que se incrementen en cantidad y calidad. Por supuesto, su uso óptimo requiere una infraestructura adecuada en los centros educativos. Pero vale la pena la inversión que, cuando bien planificada, no es tampoco demasiado alta.

Uno de los atractivos que tiene el uso de herramientas multimedia, es que en un buen número de casos los alumnos prosumidores tienen que ordenar una historia – el guion de su video por ejemplo – para poder realizar su trabajo. Así, no solo están expuestos al devenir que implica una producción sino que también se auto-exponen al hilo narrativo de su material didáctico, lo que en términos de la disminución de la fragmentación otorga una ventaja adicional a que se formen prosumidores de multimedia.

Pero la producción de multimedia trae consigo el cultivo de otras virtudes que contribuyen con la disminución de la fragmentación, como la capacidad de diagnóstico e identificación de problemas; la capacidad de comprensión sintética de una diversidad; habilidades para sostener congruencia con el orden lógico interno trazado para el diseño del material con el que se esté trabajando; capacidades asociadas con la consideración de circunstancias en la planificación, producción y socialización de los trabajos; etcétera.

La elección de las herramientas para trabajar, obviamente, depende del nivel de desarrollo de los educandos y de la tarea específica que se pretende realizar. Pero en general suelen tener interfaces amigables que hacen que la destreza técnica requerida para su uso sea un obstáculo que se sortea fácilmente, sin que ello limite la posibilidad de convertirse en un experto en la medida en que se crea familiaridad.

10. Consideraciones Finales

Hasta aquí la propuesta. Por supuesto, la intención no es presentar una panacea capaz de resolver la totalidad de los problemas culturales y educativos de nuestro presente. La idea de ofrecerlo como una alternativa para la imposibilidad del sentido holístico, tiene su origen en que es ese el problema que al autor, en su papel de sistemólogo, le preocupa. Sin embargo, hay otras posibles razones para considerar la formación de prosumidores, en especial de multimedia, en las escuelas. En lo que sigue se presentan dos de ellas, una de carácter más profundo y la otra, más superficial.

La primera tiene que ver con la necesidad de romper con el hábito de consumir soluciones diseñadas en otros entornos, muy propio de nosotros los latinoamericanos. La mayor parte de los dispositivos que nos rodean surgieron como respuesta a problemáticas muy específicas que no necesariamente encajan con nuestras realidades. Dicha situación, por un lado, hace que la herramienta, o bien le quede corta a nuestras realidades, o bien resulte sobrada. El ejemplo más próximo lo encontramos en dispositivos como las computadoras, los teléfonos celulares o las tabletas, que suelen ser subutilizadas ante la cantidad de aplicaciones instaladas cuyo uso, en general, se desconoce. Por otro lado, la consecuencia más indeseable es que terminamos pagando precios muy altos por esas soluciones. El que inventa gana y es claro que nuestras sociedades no se caracterizan por su poder de innovación, pese a que se señale la creatividad como uno de nuestros rasgos más destacados. La formación de prosumidores tiene el potencial de hacer de las nuevas generaciones seres que desarrollen trajes a la medida para las problemáticas cotidianas de nuestro entorno.

Finalmente, por si ningún beneficio profundo fuera suficiente, la formación de prosumidores hace que el aprendizaje sea más atractivo, más entretenido e incluso más divertido que las formas expositivas. Así, en el peor de los casos, se ofrece una posibilidad de hacer que los educandos vayan con más entusiasmo a las escuelas, en un punto de la historia de nuestra cultura en el que cada vez más la instrucción académica pierde su lugar central ante la incapacidad de resolver los asuntos económicos de quienes egresan de los sistemas educativos. ¿No valdría la pena, tan solo por eso, intentarlo?

Referencias

- [1] Araya, D. (2011) The Democratic Turn: Prosumer Innovation and Learning in the Knowledge Economy, en PETERS, M. y BRITES, R. (2011) Open Education and Education for Openness, Sense Publishers, EDUCATIONAL FUTURES RETHINKING THEORY AND PRACTICE, Volume 27, University of Illinois at Urbana-Champaign, USA.
- [2] Bruns, A. (2007) Beyond Difference: Reconfiguring Education for the User-Led Age. In Proceedings ICE 3: Ideas, Cyberspace, Education, Ross Priory, Loch Lomond, Scotland.
- [3] Cabrera, J. Crespo. M. (2005) Il senso delle pratiche e la relazione maestro-apprendista oggi. "La svolta pratica in filosofia. Dalla filosofia pratica alla pratica filosofica. Discipline Filosofiche, XV, I.1" Ed.Macerata : Quodlibet edizione.
- [4] Duncum, P. (2011) Youth on YouTube: Prosumers in a Peer-to-Peer Participatory Culture. The International Journal of Arts Education. NTAEC.
- [5] Fuenmayor, R. (1991) The Self-Referential Structure of an Everyday-Living Situation: A Phenomenological Ontology for Interpretive Systemology. Systems Practice, 4(5).
- [6] Fuenmayor, R. (1994) El olvido del sentido holístico en la época post-moderna. Sistemas. 1, pp. 15-30.
- [7] Fuenmayor, R. (2001). Educación y la reconstitución de un lenguaje madre. Revista LOGOI. No. 4, pp. 39-58.
- [8] Fuenmayor, R.; López-Garay, H. (1991) The Scene for Interpretive Systemology. System Practice, 4(5), pp 401-418.
- [9] García, R. et all. (2014). Media Literacy Education for a New Prosumer Citizenship. Comunicar, n. 43, v. XXII, Media Education Research Journal.
- [10] Heidegger, M. (1977). The Question Concerning Technology. In The Question Concerning Technology and Other Essays. Harper Torchbooks, pp. 3-35.
- [11] MacIntyre, A. (1985) After Virtue: a study in moral theory. Duckworth, London.

- [12] McLuhan, M. y Nevitt, B. (1972) *Take today; the executive as dropout*. Harcourt Brace Jovanovich.
- [13] Sánchez, J. y Contreras, P. (2012), de cara al prosumidor: producción y consumo empoderando a la ciudadanía 3.0, *Icono 14 Revista de comunicación y tecnologías emergentes*, Volumen 10, Número 3.
- [14] Suárez, R. (2005). *Esbozo De Una Historia Ontológica De La Educación Moderna Y Muestra Del Diseño De Actividades Pedagógicas Para 7° Y 8° De Educación Básica (Un Aporte Al Proyecto De Educación De La Sistemología Interpretativa, Volumen 1, Tesis de Doctorado en Ciencias Aplicadas, Mención Sistemología Interpretativa, Facultad de Ingeniería, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela.*
- [15] Villarreal, M. (2007). *Inicio en la Grecia Clásica de una historia ontológica de la educación occidental y muestra del diseño de actividades pedagógicas para 1°, 2°, 3° y 5° de educación primaria (Un aporte al proyecto de educación de la Sistemología Interpretativa). Tesis de Doctorado. Centro de Investigaciones en Sistemología Interpretativa, Universidad de Los Andes. Venezuela.*
- [16] Villarreal, M. y SUÁREZ, R. (2013). *Paideia: Educando para el sentido de la vida. Disponible en www.ing.ula.ve/sisint/Articulo%20para%20Educere2.pdf*.